

Homofobia

Jesús Casado¹

Durante todo este trabajo he utilizado el masculino genérico. Soy consciente de que la lengua española, como muchas otras, es y sigue siendo profundamente sexista. Pero es el idioma que adquirimos los hispanohablantes como lengua madre, y los idiomas son organismos vivos en constante evolución y bastante reacios a dejarse alterar por regulaciones académicas o usos forzados. En nuestras manos está contribuir a que se vaya transformando: irá siendo menos sexista en la medida en que los hablantes individuales vayamos tomando conciencia de los usos sexistas y vayamos descubriendo —y también incorporando y transmitiendo— usos alternativos no sexistas; y por supuesto será menos sexista cuando la sociedad que lo utiliza como herramienta de comunicación sea efectivamente menos sexista.

En este caso, sin embargo, me he sentido cómodo utilizando el masculino genérico. He sido consciente todo el tiempo de ser un hombre que se está dirigiendo principalmente a otros hombres, para tratar temas relacionados con los hombres, de modo que el masculino genérico contribuye en cierta medida a crear este registro “entre hombres”.

Valgan estas palabras como disculpa para las mujeres que lean este trabajo: de ninguna manera ha sido mi intención excluirlas, pero espero que entiendan que éste es un texto sobre hombres, y también dirigido principalmente a hombres (mucho más necesitados en estos tiempos de una reflexión profunda sobre género, y sobre “nuestro” género). Por regla general el masculino aquí no pretende ser, por tanto, genérico: es masculino.

1. El «pánico homosexual»

La homofobia es quizá el arma más potente del patriarcado para defender el modelo imperante de masculinidad; es la pulsión que nos conecta directa y visceralmente con lo que significa ser un Hombre “de verdad”, y nos lleva a rechazar y despreciar a quienes no lo son.

La naturaleza del patriarcado no consiste tanto en el deseo de los hombres de dominar a las mujeres, como en la percepción de lo “masculino” como superior y lo “femenino” como inferior. La superioridad esencial de lo masculino sobre lo femenino, del Hombre sobre la Mujer, necesita de una afirmación constante. Para ello, el patriarcado cuenta con dos herramientas básicas: el machismo (el tratamiento cotidiano a las mujeres como inferiores a los hombres), y la homofobia (el rechazo a cualquier

¹ Profesor del Área Didáctica de la Lengua y la Literatura, Facultad de Educación, Universidad de Sevilla.

contaminación femenina en el Hombre). La homofobia es el impulso que convierte la palabra “maricón” en el insulto por antonomasia.

El término quizá no sea muy afortunado, ya que el sufijo “-fobia” lleva a pensar en algún tipo de trastorno mental. El Diccionario de la Real Academia define «homofobia» como «aversión obsesiva hacia las personas homosexuales». Esta «angustia intensa, repentina y aguda precipitada por el miedo inconsciente o el conflicto que uno puede ser homosexual o actuar sobre estos impulsos»², se conoce hoy día en psiquiatría como «pánico homosexual»³. El psiquiatra Luis Rojas Marcos lo describe con estas palabras:

«El término pánico homosexual se aplica a una perturbación grave pero transitoria del equilibrio mental de los adultos, caracterizada por pavor, sin motivo real, a ser acosado y dominado por alguien del mismo sexo. La lista de síntomas incluye ansiedad, agitación, alucinaciones, fantasías persecutorias y comportamientos violentos. Este estado de terror a la homosexualidad tiende a afligir a personas de carácter suspicaz, que se sienten inseguras de su identidad sexual y han eludido a lo largo de su vida situaciones de intimidad física. El tratamiento de estos enfermos consiste en internamiento y sedación con tranquilizantes para aliviarles la angustia, devolverles el contacto con la realidad y calmar sus impulsos agresivos.»⁴

Así que estos “trastornos” se dan por el miedo a sufrir acoso o abusos homosexuales, y parece que fueron especialmente abundantes durante las movilizaciones de la Segunda Guerra Mundial, en que los soldados se veían privados de intimidad, especialmente en dormitorios, duchas y retretes, comunes y sin particiones. Curioso. Y también que sean trastornos propios de personas que han aprendido a eludir “situaciones de intimidad física”, tal como se supone que hemos aprendido a hacer todos los hombres, al menos entre nosotros. Muy curioso.

Este “pánico homosexual” —o “pánico gay”— se está utilizando en los últimos tiempos como argumento de la defensa en juicios por asesinato o agresión contra hombres homosexuales. Así ha ocurrido en varios casos muy sonados en los Estados Unidos durante los últimos años; es un argumento que no llega a exculpar a los acusados, pero sí ha conseguido funcionar como atenuante. Claro. Para gran parte de la población, especialmente en los sectores más conservadores, el que un hombre heterosexual “sufra” las proposiciones indecentes y los avances sexuales de un “maricón” supone un ultraje a su masculinidad; no es de extrañar que un hombre “ultrajado” reaccione de forma violenta. Es natural. ¿O no?

² <http://www.lubrano.com/glosario/index.html>

³ El término fue acuñado en 1920 por Edward J Kempf

⁴ Luis Rojas Marcos, "Pánico homosexual". *El País* – opinión, 18/10/2003

Es que, aunque se entienda como un trastorno psicótico, este tipo de homofobia se percibe de hecho como una reacción —quizá desmesurada, pero comprensible— contra algo que se considera anormal, «intrínsecamente desordenado» y «contrario a la ley natural»⁵, que a un Hombre no puede más que resultarle repugnante.

2. Prejuicio cultural

A pesar de lo discutible de su elección, el término «homofobia» se utiliza hoy en día para denominar la aversión, rechazo, miedo, prejuicio o discriminación contra personas homosexuales. O, por extensión, contra personas con prácticas no heterosexuales.

Pero al hablar de esta aversión o prejuicio, no nos estamos refiriendo a una patología individual, sino a un conjunto estructurado de creencias, compartidas dentro de la cultura; se trata de un fenómeno social, parecido al racismo, al sexismo, al antisemitismo... sólo que en este caso la discriminación se basa en la separación de la norma heterosexual. A esta construcción cultural le podríamos llamar «heterosexismo», y entonces la palabra «homofobia» pasaría a referirse sólo a «la consecuencia psicológica de una representación social que, otorgando a la heterosexualidad el monopolio de la normalidad, fomenta el desprecio hacia aquellos y aquellas que se apartan del modelo de referencia»⁶.

Hace muy poco que la homofobia ha empezado a ser percibida como trastorno psico-social que debe ser combatido; todavía hoy sigue habiendo una parte importante de la población que sigue compartiendo el “conjunto estructurado de creencias” en que se apoya la homofobia (como también ocurre con el racismo, el sexismo, la xenofobia o el antisemitismo). Es decir, nuestra cultura sigue manteniendo rasgos fuertemente homófobos. También sexistas, racistas, antisemitas, xenófobos..., es cierto, pero a diferencia de estos otros prejuicios, la homofobia goza de una estupenda salud: hoy por hoy, el insulto universal, por encima de origen, raza o credo, sigue siendo «maricón».

3. «Ellos» y «Nosotros»

Todo prejuicio, toda exclusión, pasa por identificar un «ellos» —«los otros», que por definición son inferiores— a los que se margina, desprecia, insulta... o de quienes «nosotros» nos tenemos que defender, porque «nosotros» —que por definición somos mejores— estamos amenazados por «ellos»; evidentemente no existe un «nosotros»

⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, artículo 6, 2357.

⁶ Daniel Borrillo, *Homofobia*, Edicions Bellaterra 2001, p. 24

hasta que no se ha identificado un «ellos»; las categorías «ellos» y «nosotros» son complementarias y se implican mutuamente: «ellos» son los que no son «nosotros», y «nosotros» somos lo contrario de «ellos».

Siempre recuerdo, hasta con un poco de ternura, uno de los primeros «ellos» que construí en mi infancia: aquellos vecinos del pueblo que “tenían ideas” y “se metían en políticas”; eran los eufemismos con que se identificaba a esa terrible especie, los «rojos» (también conocidos como «ateos», «masones», «comunistas»...); eran unos pocos hombres queridos y respetados, pero sobre los que se corría un piadoso velo de silencio y distancia: “Es un buen hombre, lástima que tenga esas ideas... Es inteligente, pero con él mejor no hablar de ciertas cosas...”. Los «nosotros» éramos, naturalmente, los otros, los que no teníamos esas “ideas ideológicas”, la «gente de bien». Fue divertido comprobar, tras la muerte del dictador, cómo aquella categoría monolítica de los «rojos» se iba disolviendo en una miríada de tendencias, ideologías, banderas, análisis, siglas, posicionamientos y estrategias; y lo mismo le iba pasando a lo que antes había sido también una identidad indiscutible y monolítica: los «nosotros» empezábamos también a disolverse en una multitud de posicionamientos y puntos de vista distintos, hasta dejar irreconocible la antigua e irreconciliable frontera que poco antes nos separaba. Entre las muchas opciones de izquierdas, centros y derechas, al poco tiempo la antigua frontera franquista entre «ellos» y «nosotros» ya resultaba esperpéntica⁷.

Efectivamente, en la sociedad los mecanismos de exclusión comienzan por identificar un «ellos» frente a un «nosotros», y a partir de ahí nos hace construir nuestra identidad empujándonos a tomar conciencia de en qué lado estamos.

«Ellos» son judíos, comunistas, extranjeros, musulmanes, inmigrantes, yonquis, negros, mujeres, maricones... «Nosotros» somos los demás; somos los que no somos esas cosas, los que no nos distinguimos por ninguna de esas “desviaciones de la norma”, los normales. Somos no-judíos (¿cristianos? ¿castellanos? ¿gentiles?), no-comunistas (¿derechistas? ¿capitalistas?), no-extranjeros (¿nativos? ¿catalanes, europeos, sevillanos, españoles, serranos?), no-musulmanes (¿cristianos? ¿católicos? ¿ateos? ¿testigos de Jehová? ¿”infiel”?), no-inmigrantes (¿indígenas? ¿locales?), no-yonquis (¿bebedores? ¿abstemios? ¿fumadores?), no-negros (¿blancos? ¿somos igual de blancos los mediterráneos en España que en EE.UU. o en Senegal?), no-mujeres (¡hombres!), no-maricones (¡también hombres!).

⁷ ¿O no? Los mecanismos de exclusión son persistentes y se resisten a desaparecer de la cultura. Nunca parece que hayamos podido librarnos del todo de esa dolorosa noción de «las dos Españas». También ocurre con los mecanismos homófobos.

4. Identidad y diferencia.

Todas estas etiquetas ayudan a conformar nuestra identidad, y la identidad es una noción peligrosa. La pregunta «¿Qué soy?» o «¿Quién soy?» parece necesitar una respuesta clara y contundente: «Soy esto, soy lo otro, soy así, soy asao». Somos unas cosas y no somos otras, y con cada rasgo de identidad nos comparamos con el perfil aceptado y aceptable en nuestra comunidad (estimamos el estatus que nos corresponde). En nuestra sociedad el máximo estatus lo tiene el individuo no-negro, no-musulmán, no-anciano, no-moro, no-yonqui, no-gitano, no-radical, no-discapitado, no-separatista, no-indigente, no-judío, no-analfabeto, no-alcohólico, no-seropositivo...⁸ y por supuesto no-mujer y no-maricón.

Estas etiquetas nos hacen sentir que estamos vinculados a un grupo, que pertenecemos a una comunidad, aunque la adscripción a un grupo lleve aparejado el enfrentamiento con el grupo contrario (siendo por supuesto nuestro “grupo” superior al contrario). Algunos rasgos de identidad parecen obvios, objetivos, indiscutibles: «Soy alto», «Soy zurdo», «Soy español», «Soy de raza blanca», «Soy andaluz», «Soy de ojos azules». Pero la mayoría de las categorías en las que nos incluimos son relativas («Soy más alto que X, pero menos alto que Y», «Soy más alto que la media estadística.»), o bien son abstracciones culturales difusas (¿dónde están los límites entre una “raza” y otra?) o completamente contingentes o arbitrarias (ni Don Pelayo era español ni Trajano era andaluz, porque en sus épocas no se habían inventado aún las nociones “España” ni “Andalucía”).

Sin embargo, entendemos estos rasgos de nuestra identidad como valores fijos, absolutos e invariables. Así solemos referirnos también a algunas opciones culturales (arbitrarias, prescindibles) o rasgos de la personalidad y del comportamiento (modificables, entrenables, contingentes) como si fueran parte de nuestra esencia natural, de nuestra información genética: «Soy bético», «Soy rociero», «Soy católico», «Soy fumador», «Soy torpe», «Soy vegetariano»...

Dependiendo del estatus social que supongan, algunas pertenencias las defendemos como valor deseable, sobre todo en relación con el perfil que se considera aceptable en la sociedad. Así convertimos lo que era sencillamente una adscripción a un grupo, en una cualidad cuantificable, y llegamos a decir «Soy muy bético» o «Soy muy español», marcando así una oposición frontal, belicosa, contra los no-béticos (en Sevilla, ser no-bético supone claramente ser sevillista), o contra los no-españoles (dependiendo del contexto y la época, en esta afirmación se podría identificar no-español como catalán, vasco, liberal, extranjero, comunista, afrancesado...). El mecanismo es bien conocido: o conmigo o contra mí.

⁸ Evidentemente algunos de estos rasgos dependerán del estrato social, socioeconómico o ideológico en que se mueva el individuo, aunque los rasgos "no mujer" y "no maricón" suelen ser universales en todos los estratos...

5. Identidad y orientación sexual

Al hablar de identidad, la sexualidad ocupa un lugar protagonista. La sexualidad humana es una complejísima construcción cultural apoyada en unas pocas (muy pocas) pulsiones instintivas básicas. El comportamiento sexual varía drásticamente de una cultura a otra, dependiendo de los valores vigentes en cada cultura. Sin embargo tendemos a interpretar los comportamientos sexuales predominantes (o normativos) en nuestra cultura como si fueran naturales o innatos, y no valores sociales.

Con el idioma ocurre algo parecido: cada individuo nace con una predisposición genética a aprender un código lingüístico⁹, pero el idioma que cada uno aprende (las palabras que nos ayudan a entender la realidad y el mundo) depende de la comunidad y la época en que hayamos nacido. De la misma forma, nuestra sexualidad (el comportamiento sexual, el deseo, las fantasías...) es propia, única e intransferible; nuestra «voz», sí, pero expresada en un lenguaje cultural concreto, y entendida según unas categorías arbitrarias, que dependen no de nuestra naturaleza, sino de la época y la comunidad donde nos ha correspondido nacer y crecer.

En definitiva: decir que se es «heterosexual» (como que se es «homosexual», o «sodomita») es una afirmación tan arbitraria y circunstancial como decir que se es murciano, rockero, trotskista o amante de la zarzuela. Ni Alejandro Magno fue homosexual, ni Abraham heterosexual: todavía no se habían “inventado” ni la homosexualidad ni la heterosexualidad¹⁰; ni a Alejandro le suponía ningún menoscabo en su hombría amar a un hombre, ni Abraham podía verse a sí mismo más que como patriarca (con el comportamiento sexual que ese papel llevaba asociado). Sin embargo cada uno de nosotros piensa en sí mismo como “heterosexual” u “homosexual” como característica innata, parte de nuestra naturaleza, y así manejamos esos conceptos en nuestra vida diaria («¿Pero cómo va a tener novia Fulano, si es homosexual?», «No te pudo querer meter mano, ¿no ves que Mengano no “entiende”?», «Pues claro que Shakespeare era *gay*, ¿no has leído los Sonetos?»).

⁹ Quizás también con una determinada "gramática natural" que vendría a ser común en todas las lenguas; la investigación psicolingüística tiene aún mucho que descubrir en este sentido.

¹⁰ Sin embargo, a los dos se les conocía en su época como hombres. Y muy hombres, aunque lo que entonces y ahora se entendía como "hombre" haya podido variar sustancialmente.

6. Por sus actos los conoceréis

Levantar fronteras y exclusiones resulta más fácil cuando el rasgo diferencial es visible, y el discurso de exclusión puede apoyarse en una diferencia fácilmente distinguible, y supuestamente “natural”. Por ejemplo la etnia. O el sexo.

El contraste hombre/mujer funciona como rasgo diferencial básico, generalmente aceptado como “natural”, dentro de todos los grupos, todas las identidades, todas las etnias, todas las culturas. Aunque esta afirmación también es discutible¹¹, ahora sólo quiero llamar la atención sobre un hecho: cómo la identidad de quien es no-mujer coincide con la identidad de quien es no-maricón; ambas negaciones se formulan en positivo con la misma expresión: «Hombre».

Para mantener el estatus social asignado al Hombre, resulta tan importante distanciarse de la categoría Mujer como de la categoría Maricón. La «hombría» (la cualidad de ser Hombre) no es sólo un rasgo físico o fisiológico visible, sino un rasgo del comportamiento. No es un atributo permanente e indiscutible, sino una cualidad permanentemente en cuestión; ante los demás, pero también ante uno mismo. Supone no comportarse como mujer. Claro que comportarse como una mujer evidentemente no te convierte en «Mujer», pero sí en afeminado, amujerado, invertido... o sea, en «Maricón»; una etiqueta tan abstracta, tan ambigua, como lo de ser «Rojo» en la España franquista de mi infancia.

En oposición a mujer (refiriéndonos a la categoría de “género” en cuanto supuestamente determinada por el sexo biológico), la identidad hombre supone una afirmación absoluta: se tienen genitales externos y barba, o se tienen genitales internos y tetas¹². Pero en oposición a maricón o afeminado, la identidad Hombre se convierte en una cualidad mensurable, y así podemos decir «Soy muy hombre». Paradójico: el maricón es el hombre que no se comporta como hombre; y por tanto, el hombre que es poco hombre. O mejor: el hombre que ha dejado de ser Hombre.

El enemigo potencial lo llevamos todos dentro. Cualquier hombre es susceptible de no ser un Hombre. Todos estamos bajo sospecha. Aunque nos refiramos a ello como rasgo identitario, todos sabemos que no se trata de lo que somos, sino de lo que hacemos, de cómo nos comportamos, y nuestro comportamiento está siendo permanentemente juzgado. Ningún gesto es inocente. La Hombría es un valor que

¹¹ El pensamiento feminista y los estudios culturales han venido demostrando con sólidas argumentaciones cómo no sólo las categorías de género (hombre/mujer, masculino/femenino), sino también la categoría de sexo (macho/hembra) o incluso el cuerpo mismo del hombre o de la mujer, son todo construcciones culturales, y no "realidades" esenciales o "naturales". Pero dilucidar esta cuestión se saldría del propósito de este artículo.

¹² Ya hemos mencionado que tampoco esta diferencia supuestamente natural es real y tajante.

necesita una permanente afirmación. Por eso la alarma debe dispararse ante cualquier comportamiento que pudiera ser tachado de femenino. Esa alarma es la homofobia.

7. «Serás hombre, hijo mío»

Hemos visto que la Hombría va más allá de una certeza anatómica o de una función determinada en el ciclo de la reproducción. Es una noción difusa y ambigua, difícil de formular explícitamente. ¿Qué es entonces la Hombría? ¿Cuál es ese comportamiento que nos hace hombres? Si tratamos de responder a esta pregunta, obtendríamos un listado de valores (quizás: fuerza, competitividad, racionalidad, resistencia, ambición, coraje...) que posiblemente conformarían un perfil grandioso, romántico, heroico. ¡Qué gran obra de arte es el hombre!

Este perfil presenta básicamente dos inconvenientes. Primero, y tras décadas de movimiento feminista, no es fácil encontrar razones que nos permitan excluir radicalmente a las mujeres —a todas las mujeres, a la Mujer, por definición— de tan excelso abanico de virtudes. Resulta cada vez más difícil considerar la fuerza, por ejemplo, o el coraje, o la resistencia, o la ambición, como “cualidades” específicamente masculinas o viriles. Por otro lado, un perfil así no es fácil de llevar auestas. La mayoría de los hombres biológicos salimos muy mal parados en nuestra auto-estima cuando tratamos de compararnos con lo que idealmente supone «ser un hombre». Aunque no lo digamos en voz alta, siempre nos quedará esa sombra interior que nos sabe menos fuertes, valientes, dotados, resistentes, ambiciosos o competitivos de lo que se supone que debe ser un Hombre.

Pero frente a estos valores que mantienen lo de «ser un Hombre» en el territorio difuso de lo sobreentendido, de lo no explicitado, hay un par de nociones que sí parecen claras. La primera, tácita pero universalmente reconocida: el Hombre tiene el poder y la autoridad, la autoridad y el poder son atributos masculinos. Una autoridad y un poder que combinan e incluyen todos los rasgos (fuerza, competitividad, coraje, resistencia, individualidad, ambición...) que habíamos identificado antes con la Hombría y que así, en conjunto, y a pesar de todos los logros feministas, seguimos percibiendo como esencialmente masculinos. Primera metáfora sexual: «con dos cojones». La segunda viene a ser la justificación supuestamente “natural” de que el poder le corresponda al Hombre: el Fallo. Los hombres tenemos pene, pero el Hombre tiene un Fallo, símbolo absoluto de su poder y su autoridad. En esta otra gran metáfora sexual, la “Hombría” pasa a llamarse “Virilidad”, y la potencia sexual es la fuerza que garantiza el ejercicio del poder¹³.

¹³ Los ancianos no han tenido nunca fácil mantener el poder y someter el mayor empuje de los hombres más jóvenes en comunidades especialmente belicosas, y han debido recurrir a complejas construcciones simbólicas con grandes elementos fálicos sobre los que justificar su autoridad y la autoridad de las instituciones y del estado.

8. El guerrero y su espada

El Fallo es el atributo del Hombre, el “arma” donde reside su poder. El Fallo, en nuestra sociedad, es el protagonista y centro absoluto del sexo. La penetración, generalmente entendida como la única culminación satisfactoria de una relación sexual, supone una clara demostración de poder y una ceremonia de sometimiento del otro —convencionalmente la Mujer—, que es inferior, más débil, y por tanto es vencido y sometido (“poseído”¹⁴) en el coito; la eyaculación supone el grito de victoria. El estatus social del Hombre depende del cumplimiento de este rol activo; le corresponde poseer, no ser poseído; ser el sujeto activo en el ejercicio del poder: frente a la Mujer, pero también frente a sirvientes, esclavos, enemigos, competidores, extranjeros...

Así que ser Hombre supone follarse a las mujeres, “poseerlas” (en definitiva ésa es la función de las mujeres). De alguna forma esta sacralización del acto sexual como ejercicio de dominación tiene un reflejo en el tabú que supone la prostitución en nuestra cultura: vender el propio cuerpo para ser “poseído” por el cliente se entiende como la más absoluta pérdida de dignidad para la mujer que se prostituye¹⁵. También, no creo necesario explicar aquí de qué forma la violación no es tanto un crimen sexual como un ritual machista y sádico de humillación y sometimiento.

Pero ser Hombre también supone ser competitivo y enfrentarse a los demás hombres. Ser más Hombre que los demás (¿follárselos?). Si el fallo es el “arma” simbólica del Hombre, con los testículos sirviendo de alguna forma de “cargador”, el ano —junto con la boca, el otro orificio penetrable— es su talón de Aquiles, el punto débil por donde puede ser poseído, lo que implicaría la pérdida absoluta de estatus. Y entre vergas, testículos y anos, el castellano ofrece un fascinante despliegue de expresiones bélicas y de confrontación que trufan las conversaciones de los hombres: «vete a chuparla», «me vas a comer la polla», «que te den por el culo, mamón», «no me toques los cojones»...

Llevado el imaginario sexual a estos extremos, si estamos utilizando el sexo como la gran metáfora del poder, no es de extrañar que a los hombres nos ponga muy nerviosos la posibilidad de contacto sexual entre nosotros. En definitiva, todos tenemos pene, pero también tenemos culo. De nuevo: todos llevamos al enemigo dentro.

¹⁴ En castellano, la palabra «penetrar» significa entre otras cosas “poseer”, y aclara el diccionario de la RAE que «poseer», dicho de una persona, significa “tener relación carnal con otra”.

¹⁵ Prostitución de mujeres, se entiende. La percepción que podemos tener los hombres del comercio sexual varía significativamente cuando se habla de prostitución masculina, como comentaremos más adelante.

Realmente el culo ejerce una enorme fascinación entre los hombres¹⁶. En términos de Hombría supone el último tabú. Acostumbrados a entender la relación sexual exclusivamente como penetración, la posibilidad de una relación sexual entre dos hombres sólo puede entenderse en términos de quién penetra a quién. Que viene a significar “quién posee a quién”, “quién domina a quién”, “quién es más Hombre que quién”. Más cultura popular: «a aquel bar hay que entrar con el culo pegado a la pared», «a ver quién es el guapo que se agacha a recoger el jabón en las duchas del gimnasio»...

9. Hombre o Maricón

Resumiendo: En nuestra sociedad patriarcal es importante que los hombres nos adecuemos al modelo de Hombre (demostramos nuestra Hombría), porque de ello depende nuestra propia identidad y nuestro estatus social. La Hombría (el sistema de valores masculinos que nos legitiman para el ejercicio del poder) se define simbólicamente —en una gran metáfora sexual en torno al Falo— como Virilidad. La Virilidad, que no es un rasgo esencial sino una conducta, debe ser permanentemente ratificada y demostrarse libre de cualquier impureza femenina o afeminamiento. Nuestra Virilidad nos hace distintos, naturalmente, de la Mujer, de las mujeres, pero también de todo aquel hombre que no se adecua al modelo masculino, el hombre afeminado, el que no es Hombre: el Maricón. Cualquier hombre es susceptible de perder su estatus de Hombre en cualquier momento y esto provoca una cierta ansiedad, por lo que resulta conveniente establecer una diferencia tajante entre Hombre y Maricón.

Una vez puesto en marcha el mecanismo de exclusión, la “normalidad” del Hombre se define y justifica en la “anormalidad” del Maricón. La homofobia es aquel mecanismo por el que defendemos nuestra Hombría (nuestra Virilidad) rechazando al Maricón, tanto fuera como dentro de nosotros. Se traduce en desprecio al Maricón, en miedo a ser Maricón o ser percibido como tal, en miedo y repugnancia a que un Maricón nos contamine, en ansiedad por saberse o creerse Maricón, en represión de cualquier impulso interno o externo que nos relacione con el Maricón, en violencia y persecución —física, simbólica, legal o social— al Maricón.

En toda esta argumentación vengo utilizando el término Maricón de forma general, para llamar al no-Hombre, al afeminado. Pero la definición de Maricón resulta tan difícil y laboriosa como la de Hombre, y ha cambiado drásticamente a través de la historia. Parece aceptado que, en sentido estricto, Maricón equivale a homosexual: es decir, el hombre que mantiene relaciones sexuales (cualquier tipo de relación sexual) con otro hombre, supuestamente porque es un hombre a quien le gustan los hombres y no las mujeres¹⁷. Sin embargo, según la metáfora sexual que hemos descrito, la

¹⁶ Una verdadera obsesión de muchos hombres heterosexuales, que en ambientes homosexuales llega a verse a veces con perplejidad, cuando no con hastío.

¹⁷ Esta visión dibuja la homosexualidad no como comportamiento, sino como rasgo identitario del individuo, parte de su "naturaleza".

conducta propia del Maricón sería básicamente desempeñar el papel pasivo en una penetración, el papel que “naturalmente” le corresponde a la mujer¹⁸. Además, sabemos que una conducta “amujerada” —”afeminada”— implica muchas más cosas, más allá de la metáfora estrictamente sexual. Puede referirse desde el gesto (amaneramiento, “pluma”) hasta la debilidad, la sensiblería, la cobardía, la cursilería, la mezquindad...

El diccionario de la RAE ha venido manteniendo esta relación difusa entre rasgo de la personalidad, prácticas sexuales y orientación sexual. «Marica» en su tercera acepción significa “hombre afeminado y de poco ánimo y esfuerzo”, y en la cuarta “hombre homosexual”. Por su parte «Maricón» viene definido en la 22ª edición como expresión vulgar primero para “marica” (en cuanto “hombre afeminado”) y luego para “sodomita” (“hombre que comete sodomía”); para la 23ª edición sin embargo ambas acepciones se resumirán en una: “varón afeminado u homosexual”. Tanto «Marica» como «Maricón» añaden una última acepción: “Úsase como insulto con su significado preciso o sin él.” Ya lo dije: es el insulto universal; eso sí: con marca de género, porque sólo sirve para hombres...

10. Machos y maricas

La identidad entre homosexualidad y afeminamiento parecía muy clara hace varias décadas, al menos en superficie; todo maricón era homosexual, y todo homosexual era maricón. Sin embargo el patriarcado es muy anciano, pero la homosexualidad no se “inventó” hasta la segunda mitad del siglo XIX... Por otra parte, la lucha feminista, la revolución sexual del siglo XX, los avances de la mujer, los logros del movimiento GLBT¹⁹ y la evolución de los tradicionales roles de género, han alterado radicalmente la imagen del hombre homosexual dando paso al hombre gay y a tipos como el «oso» y el «leather» (hombres homosexuales hiper-masculinos), o el «metrosexual» (modelo de comportamiento masculino heterosexual inspirado en estereotipos homosexuales o, más bien, gays).

Al mismo tiempo, como ya hemos mencionado, ciertos tipos de práctica homosexual reciben distinta consideración en determinados entornos culturales. En la mayor parte de Europa y de Estados Unidos, cualquier relación sexual entre hombres es considerada conducta homosexual y, por tanto, inaceptable. En los países mediterráneos, sin embargo, nunca llegó a desaparecer del todo en el imaginario popular la definición original de Hombre como aquél que asume el papel activo, independientemente del sexo (¡o incluso la especie!) de quien adopte el papel pasivo. En dos palabras: no es lo mismo dar que te den.

¹⁸ De hecho, la imagen que una gran proporción de hombres (heterosexuales pero también homosexuales) se hace del homosexual es la del hombre al que le gusta que lo penetren. Y por supuesto gimiendo en femenino. Otras posibles prácticas sexuales entre hombres, incluyendo las más básicas de besos y caricias, suelen ignorarse o ser “invisibles” en las representaciones culturales de la homosexualidad

¹⁹ Gay – Lésbico – Bisexual - Transexual

Aquí podría citarse un extenso anecdotario sobre las prácticas sexuales tradicionales de los hombres de nuestros pueblos y ciudades, y también sobre las formas habituales de iniciación al sexo entre los muchachos, y del papel que podían cumplir en esta iniciación y en aquellas prácticas los maricones locales; un anecdotario que muchos hombres reconocerán en su memoria, pero que posiblemente muy pocos estarían dispuestos a aceptar o discutir en público...

También se podría considerar el papel que cumplen los “prostitutos” en nuestro imaginario masculino. Al hombre que se prostituye con mujeres (que cobra por “poseer” a mujeres) lo imaginamos como una especie de triunfador. En principio, ejercer el papel activo en el coito parece demostrar una cierta voluntariedad por parte del sujeto (no hay coito si no hay erección); además, ganarse la vida con una actividad que, simbólicamente, está demostrando y hasta incrementando nuestra Hombría... ¿no lo hemos oído calificar alguna vez como “envidiable”? Hasta la palabra “gigoló” tiene un cierto tufillo romántico. Sólo el sometimiento económico (cuando pensamos en el cliché del joven guapo que está “a las órdenes” de una millonaria madura y excéntrica) y lo que este sometimiento supone de pérdida de independencia y de libertad real de acción y de decisión (cualidades irrenunciablemente masculinas), nos hacen pensar en el prostituto como rol social no deseable, aunque su estatus en cuanto a Hombría o Virilidad resulte confuso.

Muy distinto es el papel que cumple en nuestro imaginario el “chapero” o prostituto para hombres. Muchos hombres que mantienen relaciones sexuales con otros hombres, salvaguardan su Virilidad (ante los demás, pero principalmente ante sí mismos) precisamente argumentándose el que lo hacen “por dinero”. Con este truco se han mantenido tradicionalmente²⁰ extensas redes que permitían relaciones sexuales entre los “maricas” oficiales de la comunidad y los adolescentes o jóvenes impecablemente “machos” (los términos homosexual y heterosexual no solían emplearse en estos contextos). Ni que decir tiene que estos “machos” cobraban, bajo la forma de regalo o propina del “marica”, por dejársela chupar o por follarse al marica. Es decir: por celebrar y demostrar su Hombría²¹. En estos casos, como en otros ejemplos de prostitución urbana, parece como que los papeles simbólicos estuvieran cambiados en relación con la prostitución de mujeres: en definitiva es el chapero quien hace valer su Virilidad, y el marica, aun siendo quien paga, el que se “somete” y pierde estatus y dignidad.

²⁰ He conocido estos comportamientos como realidad cotidiana en mi entorno cultural, Andalucía occidental, y parece que es o ha sido la norma en gran parte del Mediterráneo.

²¹ Simbólicamente estas pautas “externas” funcionaban a la perfección, y siempre se respetaban religiosamente. Sólo quedaba como comentario sotto voce entre los maricas (estricto secreto entre iniciados, unas veces como desprecio y otras como alabanza) el nombre de aquel “chulo” al que, cuando estaba ya metido en faena, le gustaba “darse la vuelta”...

Resulta también muy ilustrativo volver a citar el diccionario de la lengua española. La palabra «sodomía» viene definida como “práctica del coito anal” y el «sodomita» es el “que comete sodomía”. En la 22ª edición del diccionario la palabra «bujarrón» era definida escuetamente como “sodomita”, pero para la 23ª edición se avanza la siguiente enmienda: “Dicho de un varón: Que sodomiza a otro.”, y una consulta al verbo «sodomizar» nos dice que se trata de “someter a penetración anal”. El subrayado del verbo “someter” evidentemente es mío.

Ciertamente la homosexualidad resulta una noción bastante ambigua. En los últimos tiempos el hombre “gay” parece estar haciéndose un hueco en el imaginario masculino, sin “molestar” ni poner en cuestión los valores masculinos tradicionales; pero al “maricón” se le sigue entendiendo como el no-Hombre. A excepción de los grupos más fundamentalistas (incluida la postura oficial de la Iglesia católica y sus portavoces), la mayor visibilidad de lo “gay” parece ir diluyendo en cierta forma la homofobia social, pero “maricón” sigue siendo el insulto universal y el culo el tabú más obsesivo en el imaginario masculino heterosexual (y en cierta medida también en el homosexual). Y es que, en efecto, quizás la homofobia no tenga tanto que ver con la homosexualidad como con la Hombría.

La Hombría (la Virilidad) depende de la no-Feminidad. Cada cultura define qué es “lo masculino” (lo propio del Hombre) y “lo femenino” (lo propio de la Mujer). En última instancia, la homofobia es el rechazo en el Hombre a cualquier contaminación de “lo femenino”. El miedo del hombre a adoptar rasgos femeninos, a afeminarse. El rechazo de estos rasgos en otros hombres. La oposición frontal a todo lo que no es “de hombres”, a las “mariconadas”. Y así ha sido a lo largo de la historia.

11. Los vicios clásicos

En la Grecia clásica no existía una “homofobia” en el sentido de “rechazo a las relaciones sexuales entre hombres, y a los hombres que las practican”. Sin embargo, no dejaba de ser una sociedad misógina y clasista que iba a sentar las bases de la homofobia posterior. El Hombre es el varón adulto, el ciudadano, que tiene la iniciativa económica, sexual y política. El joven efebo es un varón en formación, en tránsito hacia la masculinidad plena. Finalmente el afeminado es quien no cumple con lo que se espera de un Hombre (en especial la capacidad de controlar sus pasiones y no dejarse arrastrar por ellas)²².

El criterio de diferenciación es, evidentemente, la diferencia activo-pasivo. El individuo activo es más experto y sabio, mientras que el pasivo es inexperto e intelectualmente inferior. Es pues normal que el maestro, varón adulto, tenga relaciones

²² Oscar Guasch, "Ancianos, guerreros, efebos y afeminados: tipos ideales de masculinidad", en *Hombres, La construcción cultural de la masculinidad*, pp 114

sexuales con su discípulo, varón joven, que está en cierto modo obligado a agradecer las enseñanzas del maestro proporcionándole placer. Pero en este coito se supone que sólo el individuo activo puede sentir placer; en ningún caso el efebo, que es el individuo pasivo, buscará su propio disfrute: sería indigno. En realidad el efebo “todavía” no es un hombre; no lo será hasta que le cambie la voz y le salga vello en el cuerpo y en la cara. Entonces deberá asumir su papel sexual activo, pero hasta entonces no le supone indignidad haber sido pasivo para el disfrute de sus mayores.

También podían darse relaciones entre dos hombres maduros. De hecho la relación espiritual entre dos iguales (la mujer es inferior) no dejaba de ser la forma más elevada de amor. Esas relaciones en sí no eran condenadas, pero la pasividad comprobada de uno de los miembros de la pareja era censurada y suponía pérdida de estatus.

En Roma la bisexualidad sería también un comportamiento frecuente y completamente aceptado. Pero siendo una sociedad militarista e imperialista (de “machos”), el sometimiento del enemigo (vencido, conquistado) se impregna también de connotaciones sexuales; de esta forma al Hombre romano le resulta intolerable la posibilidad de ser penetrado, ni siquiera durante la adolescencia. El sexo con efebos desaparece como práctica generalizada y aceptada, y son extremas las burlas contra el hombre “afeminado”, quien siendo Hombre no cumple con los roles activos. Claro que de esta definición de Hombre quedaban automáticamente excluidos los eunucos, que legalmente no son considerados “varones”.

12. Contra natura

Sólo queda que el Cristianismo consolide este imaginario fálico, incorporando algunos elementos de la tradición judaica justificados en la Biblia: un patriarcado feroz, el horror al cuerpo (la condena de “la carne”), la función exclusivamente reproductiva del sexo y la noción de pecado:

«Ansioso por garantizar una progenitura prolífica, el pueblo de Israel condenó con vigor cualquier comportamiento sexual que no tuviera por objeto la procreación. Fundado en la idea de una adhesión biológica, el pueblo elegido hizo del esperma un elemento casi sagrado cuyo despilfarro merecía la más firme condena. La masturbación y las relaciones con una mujer durante los periodos no fértiles fueron reprobadas y las relaciones entre hombres, más aún.»²³

Los intentos de Jesús de Nazaret por “darle la vuelta” a los valores patriarcales vigentes, profundamente injustos en términos de género pero también de clase, proponiendo una sociedad igualitaria basada en valores más “femeninos”

²³ Daniel Borrillo, *Homofobia*, Edicions Bellaterra 2001, p. 51

(fundamentalmente el amor, la humildad, la paz, la solidaridad...) no sobrevivieron mucho tiempo; cuando el poder real del Imperio Romano empieza a tambalearse, aparece la Iglesia como justificación y salvaguarda de los valores de Occidente, papel que seguirá cumpliendo durante toda la Edad Media y, de hecho, hasta nuestros días, garantizándole al patriarcado muchos siglos más de vida y salud.

Primero fue una persecución sistemática del “afeminamiento”. A comienzos del siglo IV (313 dC) el emperador Constantino proclamó libertad religiosa, acabando así con la persecución de los cristianos, y poco después, en 342, proclama la primera ley castigando al varón que se casara con un afeminado. En 380, Teodosio declara el Cristianismo religión oficial del Imperio, y en 390 condena con la hoguera toda práctica homosexual²⁴. Esta condena se incluyó en el Código de Teodosio (438), que manifestaba su intención de librar de toda “contaminación” a Roma, “madre de todas las virtudes”. La pena de muerte había llegado para quedarse.

Durante la Edad Media se formula definitivamente la ideología sexual del patriarcado occidental: «El placer sexual es legítimo sólo en la medida en que no está acompañado por un acto susceptible de impedir la reproducción. La masturbación se condena vigorosamente, así como cualquier comportamiento sexual con la especie errónea (bestialismo), el sexo erróneo (homosexualidad) o el órgano erróneo (sexo oral o sexo anal). La escolástica [...] dio forma a una homofobia, aún difusa en la época, al comparar las relaciones homosexuales con los pecados más abyectos como el canibalismo, el bestialismo o la ingestión de inmundicias.»²⁵

Una visión tan restrictiva del sexo condena a la “anormalidad” prácticamente a todo el mundo. Efectivamente, los términos “sodomía” y “sodomita”, que en sentido estricto se entienden referidos al comportamiento homosexual, se convirtieron en difusos cajones de sastre extremadamente útiles para castigar cualquier transgresión.

A la dicotomía “activo” frente a “pasivo” en que se había movido la definición de Virilidad hasta ahora, la iglesia le había añadido la dicotomía “coito entre hombre y mujer como Dios manda, o sea, normal” frente a “cualquier otro tipo de práctica sexual, en especial entre hombres, o sea, contra natura”. El único comportamiento sexual válido y sancionado por las leyes humanas y divinas era el coito heterosexual (que además no impidiera la reproducción).

Con la aparición posterior de la peste negra, la persecución del sodomita se volvió feroz. Aún huele a hoguera en el término italiano *finocchio*, que significa hinojo

²⁴ Este edicto de 390 tiene una doble trascendencia: hasta entonces sólo se consideraba "varón" a efectos legales a los hombres con tendencias heterosexuales; los "eunucos" (o sea, los hombres de comportamiento homosexual, no activos) no eran considerados "varón" (carecían de "virilidad" precisamente por ser "pasivos"). Por otro lado, el edicto se da en el contexto de la persecución contra la herejía arriana, de la que los "eunucos" de la corte imperial eran fuertes defensores. Cfr. Faris Malik, *Los Orígenes Históricos de la Condena de la Iglesia a la Homosexualidad* en <http://www.well.com/~aquarius/>

²⁵ Daniel Borrillo, *Homofobia*, Edicions Bellaterra 2001, p. 55

y también “maricón”, porque a los sodomitas se les cubría de hinojo para prolongar así su agonía en las llamas, o en el inglés *faggot*, también “maricón”, porque antes significaba “haz de leña”, la leña del fuego purificador...

13.La Ilustración

Desde el siglo XVIII el pensamiento científico trata de hacer “luz” sobre el oscurantismo y las supuestas tinieblas de la religión y la superchería. El argumento de autoridad para validar el conocimiento va a ser ahora la ciencia en lugar de la fe o las escrituras. La visión del sexo entre hombres como pecado o aberración contra natura será revisada ahora a la luz de la ciencia. Pero eso no va a suponer un alivio de la persecución que la religión había desatado contra el comportamiento homosexual. Más bien al contrario.

La Ilustración volvía a una visión clásica del hombre según los antiguos ideales griegos: la belleza del cuerpo masculino y los valores masculinos de salud, autocontrol, ejercicio, pureza... pero no se pondría en cuestión el punto de partida heredado del cristianismo: que el coito heterosexual es el único comportamiento sexual legítimo.

Debía ser un verdadero embrollo: el Hombre debe ser sexualmente activo, dispuesto a penetrar y someter a mujeres y hombres (especialmente a los enemigos, precisamente para eso, para joderlos), así demuestra su Hombría (su Virilidad); pero también debe ser virtuoso y casto, copular sólo dentro del matrimonio y para tener hijos; tiene que dominar sus pasiones y buscar la perfección de su cuerpo, pero ejercitando el control y la contención precisamente sobre aquello que le pide el cuerpo; y buscar y apreciar la belleza masculina, pero ay de aquél a quien se le note que le gusta el cuerpo de los tíos o que se pase un pelín en su apreciación...

La nueva sociedad burguesa se conforma en este juego de contradicciones y paradojas, y aprende a sobrevivir en ellas gracias a la paradoja última: la libertad se formula en términos de individuo; o, lo que es lo mismo, la ley sólo debe regular el ámbito de lo público, dejándose el ámbito de lo íntimo al libre albedrío del individuo (del individuo varón, esto es: la mujer está lejos aún del pleno reconocimiento como sujeto de derechos). Se requiere, por supuesto, que el libre comportamiento íntimo se ciña precisamente a eso, a lo íntimo, y que no traspase la línea de lo público. Vicios privados, públicas virtudes. Se está inventando la sociedad contemporánea.

14.Nace el “homosexual”

Se acepta que el coito hombre-mujer es lo “naturalmente normal y sano”, mientras que la noción de “sodomía”, que antes era pecado nefando, aberración y crimen antinatural será reemplazada por la más “científica” de “homosexualidad” como enfermedad, desviación, vicio, degeneración, perversión... Se sigue considerando

“contra natura”, sólo que ahora desde una perspectiva supuestamente científica, que se interroga por sus causas y se plantea su curación. Y así llegamos hasta casi el presente.

Desde la aparición del término, en 1868, se suceden los estudios y las interpretaciones. Richard von Krafft-Ebing clasificó las desviaciones sexuales en su obra *Psychopathia Sexualis* de 1886, citando la homosexualidad como un “deseo sexual por el objeto equivocado” junto con el fetichismo, el sadismo, el masoquismo o la pederastia. Poco después Freud, el padre del psicoanálisis, habla de la homosexualidad como resultado de un conflicto no resuelto durante el desarrollo de la identidad sexual del individuo. Aceptando que la conducta heterosexual es la norma “natural”, la ciencia ha decidido que la homosexualidad es un trastorno, y como tal se pone a buscar las causas. A nadie se le ocurre todavía preguntarse por el origen de la heterosexualidad, o por el origen de la orientación sexual, cualquiera que ésta sea. No importa que tanto Krafft-Ebing como Freud fueran prudentes y hasta liberales y respetuosos en su tratamiento del tema; lo que importa es que a la relación sexual entre dos hombres (o entre dos mujeres) se la considera una desviación, una enfermedad, y por tanto ha de ser investigada para poder ser prevenida, evitada, curada...

Además, esta “medicalización” tiene otro efecto perverso: la homosexualidad en cuanto desviación, degeneración o patología se entiende como rasgo de la identidad del individuo (alguna gente ES homosexual) más que como posibilidad del comportamiento de cualquier individuo. Indudablemente, así es mucho más fácil trazar esa barrera defensiva que suponen los mecanismos de exclusión y que preservan al Hombre de la contaminación del afeminamiento. Y hasta 1973, la homosexualidad aparece incluida en el DSM (Manual de Diagnóstico de los Trastornos Mentales), el listado oficial de enfermedades mentales de la APA (Asociación Americana de Psiquiatría).

Con esta justificación científica, pueden diseñarse terapias curativas. También terapias sociales, para proteger la salud pública y liberar a la comunidad de la corrupción que suponen estos actos desviados y anti-naturales. En la España franquista, la Ley de Vagos y Maleantes de 1954 determinaba que a homosexuales, rufianes, proxenetas, mendigos profesionales y quienes vivieran de la mendicidad ajena explotando a menores de edad, enfermos mentales o lisiados, se les internara en un establecimiento de trabajo, los homosexuales en instituciones especiales y con absoluta separación de los demás. La Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social de 1970 sin embargo se planteaba un objetivo más “humano”: dar tratamiento. Para este noble fin se abrieron los penales de Badajoz (para “pasivos”) y de Huelva (para “activos”), donde los internos se sometían a sesiones de “terapia” que incluían descargas eléctricas.

Pero durante el siglo XX, especialmente en la segunda mitad, habrían de sucederse violentas convulsiones sociales. Desde el genocidio del régimen nazi — espantoso ejemplo de los mecanismos de exclusión que describíamos al principio, aplicados contra judíos, comunistas, gitanos... y naturalmente homosexuales— o la

guerra fría —cuando un muro físico y otro simbólico dividían efectivamente el planeta en un espantoso «ellos» frente a «nosotros»—, hasta las revueltas contra esta o aquella exclusión, en forma de revolución sexual, proceso de descolonización, lucha por derechos civiles, movimiento de liberación de la mujer, orgullo negro... Entre todos estos acontecimientos, quizá uno de los que más han contribuido a transformar la imagen del Hombre en nuestra historia reciente haya sido el movimiento homosexual.

15. Orgullo y normalización

La historia del movimiento gay, uno más de los movimientos reivindicativos por los derechos civiles de las minorías nacidos en los años 60 del pasado siglo, es la historia de una lucha contra la homofobia. Y aunque se han ganado grandes e importantes batallas, la lucha continúa, y aún se mantiene un acalorado debate social.

En mi adolescencia y primera juventud (yo nací en 1960) los bares «de ambiente» (de hombres homosexuales) eran pocos y escondidos. Por lo general, ser homosexual y buscar contacto con otros hombres homosexuales nos llevaba —aparte de a urinarios públicos, parques oscuros y playas clandestinas— a las zonas más marginales de las ciudades, compartiendo la nocturnidad y la alevosía con prostitutas, traficantes, maleantes y demás gente de mal vivir ... Y parecía natural.

Recuerdo la sensación de pertenencia cuando, después de llamar al timbre de aquel antro clandestino sin signos externos, y de ser reconocido por la mirilla, me permitían acceder al paraíso exclusivo de los hombres que buscan a otros hombres. ¡Por fin poder levantar la cabeza y mirar sin miedo, rodeado de hombres que son como tú! También recuerdo la negociación silenciosa, miradas furtivas y gestos levísimos, para reconocerse escondidos entre las frondas del parque y atreverse a tocar. Claro que eran deportes de riesgo; los riesgos propios de los ambientes marginales en que parecía natural que debíamos movernos. Asaltos ocasionales, algún que otro puñetazo, algún que otro robo con intimidación, humillación y culpa, bastantes desprecios de los probos ciudadanos que coincidían contigo... y la permanente sensación de estar en peligro, de pisar arenas movedizas, en todos lados menos en aquel antro clandestino, remanso de paz detrás de la puerta cerrada, al que había que llamar y ser reconocido por la mirilla para que te permitieran el acceso.

Algunos años antes, el 28 de junio de 1969, varios agentes de policía del Departamento de Moral Pública tuvieron que enfrentarse a una revuelta de maricas que les plantaron cara cuando hacían una redada rutinaria en el bar Stonewall, en la calle

Christopher de la ciudad de Nueva York; el enfrentamiento supuso una reacción masiva que duró un par de días²⁶ y marcó el inicio del “movimiento de liberación gay”.

Primero se fundó en EE.UU. el Gay Liberation Front²⁷, que estableció el modelo que seguirían grupos similares en numerosos países europeos. Pocos años después se fundaban en España los primeros grupos organizados, como el FAGC (Front d'Alliberament Gai de Catalunya), EHGAM (Euskal Herriko Gay-les Askapenerako Mugimendua) o el andaluz MHAR (Movimiento Homosexual de Acción Revolucionaria) ya desaparecido. Por delante había un proceso largo y costoso, cuyos primeros objetivos fueron enfrentarse a la persecución y la criminalización del comportamiento homosexual, abandonar la percepción de la homosexualidad como enfermedad y empezar a entenderla como opción legítima, como estilo de vida.

En 1973 la Asociación Americana de Psicología eliminó la homosexualidad de su catálogo oficial de enfermedades mentales. A partir de entonces se dio una mayor tolerancia legal en muchos países, y empezaron a salir de la clandestinidad muchos locales (bares, discotecas) enfocados a clientela gay. En España, gracias a la presión de los grupos pioneros, especialmente del FAGC, se modificó en 1979 la Ley de Peligrosidad Social.

El cambio de actitud social hacia la homosexualidad, con una mayor permisividad y aceptación en todos los aspectos, es consecuencia directa del enorme esfuerzo hecho por el movimiento GLBT y de la admirable valentía de sus primeros militantes para fomentar la visibilidad del colectivo gay-lésbico y del hecho homosexual, sacándonos del “armario” a nivel legal, pero también en todos los aspectos de la vida. Este cambio de actitud ha corrido parejo al establecimiento durante los últimos años de toda una “sub-cultura gay” —que ha generado multitud de símbolos, códigos, consignas, iconos y manifestaciones culturales—, y de un floreciente mercado específico, con ofertas expresamente diseñadas para una cada vez mayor demanda por parte de hombres gays²⁸ —que ha contribuido de forma determinante a que esta “cultura del arco iris” se extienda rápidamente por todo el planeta—. En España el comportamiento homosexual ha conseguido unas cotas de visibilidad y aceptación generalizadas impensables hace sólo quince o veinte años.

Sin embargo siguen existiendo numerosos grupos civiles y religiosos (incluida por supuesto la Iglesia católica) que aún mantienen y defienden la antigua visión del

²⁶ Aquel mismo día había tenido lugar el funeral por Judy Garland, al que asistieron unas 20.000 personas. Aunque la anécdota no pase de ser una coincidencia, los dos acontecimientos están ya irremisiblemente unidos en la historia y la leyenda del movimiento gay. La canción *Over the rainbow*, cantada por Garland en *El Mago de Oz* pasa por ser uno de los himnos oficiosos del "orgullo gay".

²⁷ Aparte de diversos autores (como Karl Heinrich Ulrichs) que durante el siglo XIX habían desafiado los estándares vigentes sobre sexo y género, la organización pionera en la defensa de derechos homosexuales fue el grupo holandés COC (Centro Cultural y Recreativo), fundado en 1946.

²⁸ Y por supuesto de mujeres lesbianas.

comportamiento homosexual como pecado nefando, vicio contra natura, desviación patológica o inaceptable amenaza a la salud pública de la comunidad. Sin olvidar que vivimos en un mundo cada vez más pequeño, y que mientras en España es posible que dos hombres establezcan una familia con plena protección legal y en los mismos términos que un hombre y una mujer, existen numerosos países donde la conducta homosexual se castiga severamente con cárcel (por ejemplo máximo de 1 año en Líbano, 3 en Argelia, 10 en Jamaica, 20 en Malasia, perpetua en Pakistán, Barbados o Guyana...) o hasta con pena de muerte (como en Arabia Saudí, Emiratos Árabes o Mauritania).

16.El cambio cultural

Hemos heredado la idea de que la homosexualidad es una desviación, tolerable pero no deseable. También hemos heredado la idea de que el Hombre debe tener, por “naturaleza”, un comportamiento estrictamente heterosexual, ya que el homosexual es Maricón, no-Hombre. También, todo el imaginario de género que define al Hombre por negación de la Mujer, y le atribuye aquellos valores que le garantizan el ejercicio del poder. Por último, hemos heredado el mecanismo que nos alerta de la contaminación del Hombre por cualquier elemento femenino o afeminado: la homofobia. Y un mundo en el que a los homosexuales se les desprecia, se les persigue, se les maltrata y, en muchos lugares, se les encarcela y se les mata. Todo ello barnizado de supuestos valores cristianos (amor, perdón, caridad...) y laicos (justicia, igualdad, fraternidad...).

Pero a la vez estamos asistiendo a verdaderas revoluciones sociales. En unas pocas décadas hemos pasado de una persecución legal, policial y judicial de la homosexualidad, a la posibilidad de matrimonios entre dos hombres o dos mujeres; del macho ibérico sudoroso incapaz de ponerse una camisa que no fuera blanca, negra o azul, a los nuevos cosméticos para hombres metrosexuales. Los modelos masculinos que encuentran hoy día los adolescentes parecen muy distintos de los que encontraba yo hace sólo 30 años; al menos en cuanto a comportamiento social y sexual, y especialmente en relación con la homosexualidad, porque en otras cosas no parece que el modelo haya variado mucho.

Y en este panorama cambiante, con la misma imagen de Hombre heredada de toda la historia de Occidente y la homofobia como “mecanismo de seguridad”, pero a la vez con los valores tradicionales de sexo y género puestos en cuestión y una presencia cada vez más generalizada de la homosexualidad como conducta legítima, es donde todos nosotros hemos aprendido a ser hombres; donde hemos construido nuestra identidad más o menos heterosexual, más o menos homosexual, más o menos ortodoxa o transgresora. Con la conciencia de que cualquier comportamiento no estrictamente viril o heterosexual suponía un riesgo para nuestro prestigio y estatus (incluyendo no sólo roces, besos, tocamientos o hasta miradas con otros hombres, sino también cualquier demostración de ternura, debilidad, receptividad o amaneramiento). Con el

fantasma del miedo y de la culpa que se disparaban durante los turbulentos aprendizajes de la amistad, la intimidación física, las fantasías o los estallidos hormonales (aprendizajes que tuvimos lamentablemente que dejar a medias muchas veces, porque no nos permitíamos llegar más lejos). Y por supuesto con la certeza de que con cada elección y cada manifestación pública nos abríamos unas puertas y nos cerrábamos otras, teniendo que valorar en cada momento qué riesgos corríamos y qué pérdidas y qué renunciadas llevaría aparejado nuestro comportamiento (o muchas veces sin valorar ni ser consciente, encontrándonos a posteriori las consecuencias públicas de haber querido cruzar aquella puerta, o dar aquel beso o aquella caricia... y muchas más sin darnos cuenta, ni unos ni otros, de cuántas puertas se estaban quedando sin abrir, cuántos mundos por descubrir).

En este escenario se desarrollaron todas esas pequeñas historias heroicas o mezquinas, en las que cada uno tratábamos de sobrevivir. Cada uno a su manera, manejando con mejor o peor fortuna los mimbres de esa Hombría que, a todos, nos venía grande, pero que todos seguíamos interiorizando como modelo con el que medirnos y sabernos. Las historias mezquinas eran las que usaban la violencia homófoba y alardeaban de Faló y Hombría, las que parecían convertir en obligatorio babear —por supuesto en público, para que se notara, aunque a ti te trajera en ese momento sin cuidado— ante cualquier forma femenina que se cruzara por delante, las que me hacían —a mí y a tantos otros— evitar la compañía y hasta la proximidad de quienes sabíamos que sólo podían acabar insultándonos o humillándonos de una forma o de otra, quizá sólo por no jugar al fútbol, o sólo porque nos vieran pasear a dos amigos cogidos de la mano; y me refiero a muchos años antes de que nos correspondiera empezar siquiera a preocuparnos por los primeros temas sexuales: el mandato social de la Hombría y de la homofobia empieza mucho antes del primer deseo.

Las historias heroicas eran las que evitaban la violencia o le plantaban cara, y aquéllas en las que nos atrevíamos a abrir alguna puerta más allá de donde sabíamos que estaban los límites. Como por ejemplo la de aquel amigo hetero que jamás rechazó nuestra ternura ni nos negó la suya, y precisamente por hacerlo abiertamente, con descaro, como desafío público, supo a la vez mantener su Hombría intacta y el respeto del entorno (nuestra Hombría —quiero decir la mía— ya había perdido todo crédito desde que yo no negué los evidentes síntomas de ser “raro” ni me había esforzado en demostrar lo contrario). O la pequeña heroicidad secreta de la eyaculación sin contacto, sin roce, sin respirar apenas, compartida en el silencio y la intensísima excitación culpable del dormitorio del seminario. O la de aquel otro que prefirió renunciar a su placer y a su deseo para poder conseguir su deseo mayor y más importante: el de formar una familia y en ella ser padre de sus hijos. O la más común de llenar de dignidad y valentía, un día tras otro día, el ademán mariquita o la voz aflautada. Y entre unos y otros fuimos reproduciendo el modelo, pero a la vez contribuyendo a su transformación.

17. Salir del armario

Las etapas que a nivel de movilización política y social iba cubriendo el movimiento GLBT, los hombres de la calle las íbamos cuestionando, digiriendo, incorporando... Unas veces por delante, las más, francamente por detrás. Durante mi época de militancia gay²⁹ me sorprendía tanto la facilidad con que se aceptaba nuestro discurso en los más diversos ambientes (conciertos de música punk, centros de enseñanza secundaria, secciones sindicales...), con frecuencia elogiando la valentía que demostrábamos al hablar claro y con la cabeza bien alta (un valor masculino: «un maricón con dos cojones»), como la inmensa ignorancia de casi todo el mundo con respecto a homosexualidad, orientación sexual, sexualidad o cuestiones de género, junto con la permanencia de los estereotipos más peregrinos en estos temas.

La visibilidad ha sido uno de los caballos de batalla del movimiento GLBT, y también uno de sus debates más espinosos. Condenados durante siglos a la clandestinidad o al desprecio, al “armario”, se hacía necesario un ejercicio de recuperación de la dignidad y la autoestima: salir de los calabozos del miedo, la culpa y la vergüenza donde nos había encerrado la homofobia social, y también nuestra propia homofobia interna, la que cada uno habíamos heredado de la cultura en que nos educamos y habíamos incorporado a nuestra imagen de nosotros mismos. La culpa y la vergüenza se combatían con la aceptación de uno mismo: no soy un enfermo, no soy anormal, además de muchas otras cosas también soy gay, y me gusta como soy. A esto se le llamó «orgullo gay», y la celebración simbólica, ritual, colectiva, de este orgullo fue la manifestación.

Duro empeño el de aceptarte, cuando en la cultura no existían modelos positivos con los que identificarte. Y es que en una sociedad heterocentrista y homófoba, el comportamiento homosexual se escondía precisamente por ser demasiado visible, la desviación de la norma, el estigma; el efecto colateral (en definitiva, el efecto buscado) era que la norma heterosexual pasaba completamente desapercibida, era invisible, se daba por supuesta. Enorme paradoja: la realidad cotidiana está llena de referencias heterosexuales, los modelos heterosexuales lo inundan todo, absolutamente todo, en todos los campos de la vida, a donde miras sólo hay referencias heterosexuales... y precisamente por eso, no las ves. A no ser que seas homosexual, claro³⁰. Así que el comportamiento homosexual, los modelos homosexuales de conducta, modelos positivos, gratificantes, buenos, también tenían que “salir del armario”.

²⁹ De 1995 a 1998 estuve directamente implicado, primero como presidente y a continuación como secretario, en el grupo SomoS, colectivo GLBT de Sevilla.

³⁰ El mismo efecto ocurre con los negros en el mundo de los blancos, los discapacitados en el mundo de los capaces, las mujeres en el mundo de los hombres... Los sujetos que se acomodan a la norma son precisamente los que no ven la omnipresencia de la norma y los modelos que la perpetúan.

¿Y cómo deben ser esos modelos? Ésta era la pregunta a nivel político. ¿Y cómo soy yo? O mejor: ¿cómo quiero ser? Ésta era la pregunta a nivel individual. Los modelos que existían eran los que en el imaginario masculino tradicional correspondían al Maricón, como caricatura de la Mujer, hombre afeminado e histriónico, objeto de burla, desprecio, odio y persecución. Ése modelo, la “loca”, muchos hombres homosexuales lo habían incorporado y lo vestían con descaro y arrogancia³¹; es difícil precisar con que proporción de orgullo y de humillación, pero posiblemente siempre con mucha soledad y mucho dolor. Y por supuesto ahora no iban a renunciar a lo que eran, a la identidad que supuestamente les correspondía de acuerdo con el mandato social y que ellos, aunque a regañadientes, habían acabado aceptando. Al contrario, su autoestima, su dignidad, su “orgullo”, estaba precisamente en salir a la calle tal cual eran y orgullosos de serlo.

A muchos otros hombres este modelo nos horrorizaba. La aceptación de nuestro “estigma” podía llevarnos cuando mucho a utilizar el femenino en la intimidad, entre amigos (“entre hermanas”). Pero habíamos invertido tanto esfuerzo para construir nuestra identidad y nuestra imagen pública sin que se nos notara (en un mundo lleno de referencias y códigos heterosexuales, pasar desapercibido como homosexual requiere infinidad de pequeñas estrategias cotidianas y un permanente estado de alerta), que ahora salir del armario nos resultaba algo “contra natura”. Pasar desapercibido en el día a día también significaba un determinado estatus, y exigía no ser identificado con las “locas” ni que nos relacionaran con ellas³². Tampoco íbamos a renunciar a esto, que es lo que éramos. Mal punto de partida para participar conjuntamente en la demostración pública de nuestra autoestima y nuestro orgullo que era la manifestación.

El término «gay» resultó un invento útil. Igualmente separado de Maricón (loca con pluma) y de Homosexual (enfermo con culpa), podía ser asumido por los dos. Y aunque el debate sobre qué somos o cómo somos pudiera ser muy problemático, otra cosa en la que todos estábamos de acuerdo, lo que de verdad nos unía, era que nos gustaban los hombres. Nuestro objeto de deseo, lo que nos provocaba y excitaba, eran los hombres; o mejor: el Hombre. Siendo hombres, todos habíamos adquirido en nuestra educación el modelo patriarcal; y por más que nos resultara difícil acomodar este modelo a nosotros mismos, era sin embargo facilísimo construir nuestro deseo a su alrededor. El hombre ideal de la mayoría de nosotros era, sencillamente, el Hombre.

³¹ «...y había en sus descarados ojos juveniles una burla mayor, un desprecio más real que en quienes con morbosa curiosidad les iban persiguiendo.» Luis Cernuda, "El escándalo", en *Ocnos*.

³² Éste ha sido, y sigue siendo, uno de los prejuicios más estables en cuanto a la homosexualidad, interiorizado por heterosexuales y homosexuales a la par: la conducta sexual pertenece al ámbito de lo íntimo, de lo privado, y ahí debe permanecer. Es una falacia en cuanto que no incluye la heterosexualidad, a la que sí se la sanciona como valor social, sobre el que se constituye la familia por ejemplo, aunque, como ya hemos dicho, su abrumadora presencia social resulte invisible. En realidad equivale a: «cualquier transgresión del sistema de sexo y género es posible, siempre que los individuos la mantengan dentro de los límites de lo privado, es decir, de lo secreto, evitando así cualquier potencial subversivo o revolucionario». Vicios privados, públicas virtudes.

Con todos sus adjetivos. Incluyendo “heterosexual”, por supuesto. También habíamos adquirido la concepción del sexo del patriarcado, con todos sus perejiles de coitocentrismo, falocracia, genitalidad compulsiva, sexo como ejercicio del poder y penetración como sometimiento. En gesticulación puede que parodiáramos lo femenino, pero en sexualidad la mayoría no nos desviábamos ni un ápice del imaginario masculino patriarcal.

18.El hombre gay

La cada vez mayor visibilidad de los hombres gays³³ llevó pronto a la aparición de otra circunstancia que hasta entonces había sido doblemente invisible: la transexualidad. Una cosa es tú qué eres (hombre o mujer) y otra cosa es a ti qué te gusta (los hombres o las mujeres); identidad de género frente a orientación sexual. Esto descargó los arquetipos homosexuales de la carga añadida de feminidad e inversión. Definitivamente los gays no éramos “mujeres en un cuerpo equivocado”: eso eran los transexuales. Nosotros éramos hombres, con todas las letras. Y nos gustaban los hombres.

Esta noción resultó fundamental. Los nuevos modelos, que ya se iban construyendo, podían librarse definitivamente del femenino, y eso ayudó muchísimo a una mayor aceptación social, especialmente por parte de los hombres heterosexuales. No en balde muchos gays nos habíamos esforzado en hacerles comprender que éramos hombres, tan hombres como el que más; y es que para nosotros también suponía un alivio librarnos de ese estigma de lo afeminado, lo amujerado, lo femenino, que antes parecía consustancial con la homosexualidad pero que ahora podíamos rechazar enérgicamente y recuperar gran parte de la Hombría perdida. Ahora podíamos ser tan homófobos como el que más. Sí señor. Y los hombres heterosexuales nos dieron la bienvenida de vuelta al androceo. Cosas de hombres.

El mercado capitalista ha ayudado bastante en este proceso, trivializando las formas originalmente subversivas para convertirlas en objetos de consumo, y a la vez contribuyendo a desideologizar el activismo político³⁴. Ahora el término gay ha dejado de significar homosexual para referirse más concretamente a un grupo muy restringido de individuos con un perfil muy determinado (hombre, urbano, clase media, independiente, profesión liberal, alto poder adquisitivo, hipersexuado, viajero, homosexual...), que sin embargo está generando la mayor parte de los arquetipos contemporáneos en cuanto a la homosexualidad y está redibujando el imaginario masculino, esta vez sólo para hombres. En estos nuevos modelos se celebran todos los

³³ El caso de las mujeres lesbianas no es equiparable. Su doble condición de homosexual y de mujer ha hecho —y aún hace— mucho más difícil la normalización y visibilidad de las mujeres lesbianas. En esta sociedad patriarcal los gays, precisamente por ser hombres, lo hemos tenido mucho más fácil.

³⁴ No es un fenómeno nuevo ni original. El mismo mecanismo ha funcionado y funciona en cuanto al movimiento feminista, o el ecologista, o el pacifista, o...

valores (fuerza, competitividad, racionalidad, resistencia, ambición, coraje...) tradicionalmente asociados con la Hombría; además, la sexualidad se construye también en torno al Falo y a la noción de sexo como ejercicio del poder. Todo enormemente masculino. A las “locas” —junto con mujeres, transexuales, y otras especies “amujeradas”— se las sigue mirando con desdén, si no con abierto desprecio.

En los nuevos modelos gays, la noción de penetración ha perdido parte de su tabú estricto; ahora es posible imaginar que un hombre sea penetrado sin menoscabo de su Hombría, más bien al contrario. El hecho de que se trate de sexo entre iguales incorpora la idea de los “colegas que se echan una mano”, los amigos que disfrutan juntos de su genitalidad (con más o menos ternura, pero por lo general en contextos de promiscuidad, genitalidad, sexo en grupo). Frente al modelo mediterráneo que ya hemos comentado, y como reacción a sus implicaciones machistas, parece que el modelo gay anglosajón va ganando la partida: es homosexual aquel que tiene cualquier tipo de relación sexual con otro hombre, y tan homosexual es el que da como el que recibe. Sin embargo todo el imaginario de sexo como sumisión y sometimiento se ha enriquecido con infinidad de fetiches en torno a los papeles de sometedor y sometido³⁵; eso sí, los dos, sometido y sometidor, muy machos. En definitiva, los nuevos modelos que el mundo gay ha aportado al mundo del sexo y de la sexualidad son, en su mayoría, exageradamente hiper-masculinos. Y en consecuencia, básicamente homófobos.

Pero no todo es hipermasculinidad. Más allá del sexo, los modelos gays han contribuido a transformar la imagen del Hombre, también heterosexual. Entre otras cosas, han facilitado que todos los hombres se empiecen a cuestionar muchos aspectos de su masculinidad. La aceptación de la conducta homosexual, impensable hasta hace poco, es un revulsivo lo suficientemente fuerte como para que muchos hombres heterosexuales se pregunten qué está pasando. La visibilidad de los gays sirve de excusa o de acicate para que estos hombres se atrevan a incorporar conductas o actitudes que antes hubieran considerado tabú; y esto va desde cuidados corporales (el invento del hombre “metrosexual” es un ejemplo banal, quizá frívolo, y por supuesto descarada e indecentemente comercial, pero que no deja de ser significativo) hasta la preocupación por temas domésticos, una nueva curiosidad por las relaciones con sus parejas, el cultivo de la sensibilidad, la experimentación con otras prácticas sexuales o la posibilidad de llegar a expresar debilidades o emociones... Aunque de forma tímida, sin socavar ni siquiera remover levemente los cimientos de la noción patriarcal de Hombría, el diálogo entre hombres homosexuales y heterosexuales, una vez que la homosexualidad ha alcanzado unas cotas altas de aceptación social y de igualdad legal, puede resultar muy provechoso para promover en unos y otros un cambio deseable.

³⁵ La comunicación sexual gay está plagada de códigos *ad hoc*, la mayoría préstamos del inglés, como *top / bottom, dominant / submissive, master / slave...*

De una u otra forma, quizás el efecto más perverso de este «nuevo mundo gay» es la forma en que ha consolidado, como realidad fija y aparentemente “natural”, la división básica «homo» frente a «hetero». Aunque haya remitido la fiebre de buscar «la causa exacta de la homosexualidad»³⁶, la orientación sexual —una u otra— se ha aceptado ya definitivamente como rasgo de la propia identidad, especialmente ahora que la aceptación de uno mismo no lleva necesariamente al desprecio y a la exclusión. Por encima de la división tradicional entre comportamiento activo y comportamiento pasivo, el sistema patriarcal de género nos exige ahora, a homos y a heteros, que definamos claramente nuestra identidad: o lo eres o no lo eres; o eres esto o eres lo otro. Una sutilísima forma de homofobia, disfrazada de tolerancia y de orgullo gay, que lleva a la paradoja de que los hombres que se definen como «bisexuales»³⁷ (una nueva categoría, necesaria para romper la nueva ortodoxia gay) encuentren la incompreensión de unos y de otros, tachados de libertinos e inmorales (“viciosos”) por unos, o de desviados (“enfermos”) por otros.

19. La alternativa queer

El movimiento GLBT (como antes lo fue el movimiento feminista) ha sido en buena parte fagocitado por el sistema, después de haber logrado unas conquistas a todas luces espectaculares, pero de hecho menos transformadoras de lo que se había deseado. Actualmente existe un panorama confuso en cuanto a fundamentos ideológicos y también en cuanto a estrategias, acciones, perspectivas, organización, objetivos... Podría pensarse que el precio pagado por la plena igualdad jurídica y por la plena visibilidad y normalización social (o sea, por la plena incorporación en términos de igualdad al sistema patriarcal), ha sido el de renunciar a los planteamientos más radicales de abolición del patriarcado y redefinición de las construcciones culturales de sexo, género, identidad y orientación sexual. E incluso de familia.

Sin embargo hay sectores del movimiento GLBT que siguen gozando de buena salud. Unas veces en contacto con las administraciones, sirviendo de intermediarios y portavoces en la prestación de servicios, la atención a necesidades básicas y la vigilancia contra la violencia homófoba de cualquier tipo. Otras veces en alianzas con otros movimientos sociales, aportando una necesaria perspectiva de género y orientación sexual al análisis de problemas sociales para localizar y denunciar injusticias y exclusiones.

Quizás la sección más radical del movimiento GLBT (aunque quizás fuera mejor hablar de un movimiento alternativo, distinto al GLBT) es lo que se conoce como

³⁶ No es así, claro está en los grupos ultraconservadores, donde se sigue pensando en patologías, en terapias y en "reconversión" de los homosexuales.

³⁷ Nuevamente las mujeres se encuentran en una situación completamente distinta: el arquetipo «mujer bisexual» ya estaba incorporado al imaginario sexual en el mundo del porno para excitación y disfrute de los hombres heterosexuales.

movimiento *queer*³⁸. La teoría *queer* «afirma que la orientación sexual y la identidad sexual o de género de las personas son el resultado de una construcción social y que, por lo tanto, no existen papeles sexuales esencial o biológicamente inscritos en la naturaleza humana, sino formas socialmente variables de desempeñar uno o varios papeles sexuales.»³⁹

O sea: el activismo *queer* no ha olvidado el planteamiento básico de que los modelos vigentes de género (y los consecuentes modelos de orientación y comportamiento sexual y de familia) son las construcciones culturales del patriarcado que consolidan y perpetúan los mecanismos (homófobos) de supremacía de lo masculino y, en definitiva, del Hombre.

Los gays (en menor medida las lesbianas) hemos luchado contra nuestra exclusión y, en cierta forma, estamos venciendo. Pero nuestra incorporación a la norma no ha eliminado ni el patriarcado ni su arma más potente: la homofobia. Los excluidos ya no son los hombres gays, sino todos los otros individuos que siguen estando (o colocándose) fuera de la norma en cuanto a sexo y género del patriarcado. Quizá el movimiento *queer*, en alianza con otros movimientos sociales progresistas, en especial los feministas, haya tomado el “relevo revolucionario” y mantenga la fe en el objetivo de un mundo sin patriarcado, sin homofobia, sin homosexualidad ni heterosexualidad, sin Hombre y sin Mujer. Y por lo tanto, sin exclusión.

³⁸ En inglés, "raro" y, también, "marica".

³⁹ "Teoría Queer." *Wikipedia, La enciclopedia libre*. 4 may 2006, 17:36 UTC. 7 may 2006, 03:35 <http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Teor%C3%ADa_Queer&oldid=3075140>.